



## **HOMILÍA II DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B 14/I/2024.**

Apreciados hermanos:

Estamos celebrando la Santa Misa, la oración más importante de la Iglesia.

Hemos escuchado a Dios, que nos ha hablado a través de las lecturas que han sido proclamadas; y el sacerdote, en nombre de la iglesia, dará una homilía que les servirá de reflexión.

Jesús, una vez, respondió al demonio: *“no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*. Procuremos, hermanos, alimentarnos de esa palabra, no sólo cuando venimos a la Santa Misa, sino también en nuestros hogares leyendo la Biblia. Si nos acostumbrando a leer y meditar la Biblia, poco a poco, conoceremos qué quiere Dios de nosotros; iremos pensando *“al modo de Dios”*, siguiendo el adagio: *“dime qué lees, y te diré que piensas”*; y nuestra voluntad se irá conformando a la voluntad de Dios, hasta poder decir, como San Pablo: *“no vivo yo, sino es Cristo quien vive en mí”*.

Hoy, la Palabra del Señor pone a nuestra consideración el tema de oír a Dios, que siempre nos habla, y el del llamado que nos hace Jesús para cumplir una misión.

- En la primera lectura, Dios llamó al joven Samuel cuatro veces mientras dormía. Y como no conocía la voz de Dios fue a Elí, el sacerdote, y le dijo: *“Aquí estoy, ¿para qué me llamaste?”* Era la única voz que conocía y quería ponerse a su disposición. Elí le dio esta consigna, si vuelves a ser llamado contesta: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”*. Y así lo hizo Samuel.

- En el Evangelio, los dos discípulos de Juan que al escuchar al Bautista decir: *“he aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”*, siguieron inmediatamente a Jesús.

La vocación, el llamado que el Señor nos hace para cumplir una misión, necesita una respuesta de parte de nosotros, pero antes debemos “escuchar” “discernir”, y después, sólo después, responder y vivir según la vocación.

Por eso es necesario:

- **Hacer silencio.** Quitar todo ruido interior y exterior, que no nos permite escuchar la voz del Señor. A veces, queridos hermanos, nos cuesta encontrarnos con nosotros mismos, reflexionar... huimos de la realidad y vivimos una “vida virtual”, alimentada por las redes sociales, los medios de comunicación social. Conocemos a todo el mundo, pero no nos conocemos a nosotros mismos. Nos cuesta estar solos, porque no queremos encontrarnos con el Señor, como dice San Ambrosio: **“NUNCA ESTOY MEJOR ACOMPAÑADO QUE CUANDO ESTOY SOLO”**.

- **Dejar hablar a Dios**, que vive en lo más íntimo de nuestra conciencia. **Dios sí habla y Todo habla de Dios**. No ahogemos, ni apaguemos la voz de Dios con nuestras excusas, con nuestras mentiras, con nuestros discursos, con nuestros pecados. Como dice el Salmo: *“Ojalá que escuchen la voz del Señor, no endurezcan el corazón.*

- **Tener valor**, y siempre responder positivamente a Dios. La llamada de Dios siempre quiere cambiar el rumbo de nuestras vidas. Fuiste creado para cumplir una misión.

- **Necesidad de la mediación**. Necesidad de un guía espiritual. El Señor puede llamar, de modo extraordinario, directamente a una persona, pero ordinariamente necesita de mediadores. Samuel dejó hablar a Dios, escuchó, obedeció a Elí, su guía, obedeció a Dios. En el Evangelio, Juan Bautista es el guía espiritual, el mediador, el que señala a Dios. *“Éste es el Cordero de Dios”*. Y sus discípulos siguieron, a Jesús.

- Nosotros, con nuestras palabras y ejemplo, podemos ser también mediadores para que otras personas se acercan a Dios. Cabe mencionar que Andrés, en diversas ocasiones, llevó personas a Jesús: cuando llevó a su hermano, Simón, cuando llevó el niño que tenía unos panes, para que hiciera la multiplicación y cuando le presentó unos griegos que preguntaban por Jesús. Que hermosa labor. Nuestra labor preferida deberá ser siempre encaminar a los demás hacia la persona amabilísima de Jesús.

Y, después de encontrarnos con Jesús, él mismo se encarga de cambiar nuestras vidas. A Simón, le cambió el nombre: ahora se llamará Pedro, que significa piedra. Y lo puso al frente del colegio apostólico, y cambió también su carácter y personalidad.

Jesús todavía tiene confianza en cada uno de nosotros, y nos dice: *“dame tu vida, dedícate a propagar el Evangelio y yo me comprometo a convertirte en aquello que Dios desea que tú llegues a ser”*.

El Señor no sólo mira nuestro presente, Él ya conoce nuestro futuro. Una vez un transeúnte le preguntó al gran artista Miguel Ángel que estaba dando golpes de martillo a un enorme bloque de mármol: ¿qué haces con esos martillazos? Y el escultor le respondió: *“estoy liberando al gran personaje que está escondido entre este mármol”*. Jesús, queridos hermanos, si se lo permitimos, vive cada día tratando de formar un discípulo misionero que continúe su misión en la tierra. Así sea.

+   
† Ángel Francisco Caraballo Fermin  
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/023